LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un viaje en automóvil al través de España, por caminos imposibles y puertos con nieve perpetua no deja de encerrar elementos pintorescos, además de abrir amplio campo a la observación respecto al estado de España, su verdadero estado, fuera del ambiente de Madrid, siempre un poco artificial y distante de la realidad humilde y diaria.

La España por donde he cruzado, no es la España que consiguió adelantos, cierta prosperidad, población densa, vida industrial y fabril. No: es una España medio desierta, en que desfilan kilómetros y kilómetros sin encontrar una casa, un caserío, un hombre cavando, una yunta de bueyes o de mulas, un rebaño, una gallina, un perro. El despoblado, el siniestro despoblado español: he aquí nuestro viejo mal, nuestra antigua caquexia...

No todo el camino es así; parece que huelga decirlo, pero temo que me achaquen un pesimismo que no siento. Me limito a pensar que no es posible, donde falta gente, brazos, hogares, que sea halagüeña la situación. La soledad, el desierto: he aquí la impresión dominante de buena parte del camino.

Se extiende la mirada por el horizonte, y no se divisa nada que corte la monotonía de la estepa gris. Ni un campanario, ni una choza. Y, por toda Castilla, y por toda la provincia de León, a los dos lados de la mala carretera – mala digo, y debí decir detestable, en no pocos trechos –, no he visto una quinta, una casa de recreo, un jardincillo. Esto, que tan a menudo se encuentra en Galicia, hasta en aldehuelas sin importancia alguna, no se ve en Castilla ni en León para un remedio. Así como Juan Jacobo Rousseau hubo de exclamar: «¡Pervinca!» transportado de gozo, al ver azulear la florecilla primaveral sobre el verdor de los matorrales, exclamé yo «¡La primer rosa!» cuando la vi emerger de una tapia, ya en país gallego.

Cuando se sale de Madrid hacia el Guadarrama, y se continúa hasta Adanero, agrada y parece que hace compañía ir viendo al borde de la ruta los postes-avisos del Real Automóvil Club, que advierten el peligro de los zigs-zags, de los badenes. Por cierto que esto de los badenes es una de las varias cosas que nunca alcanzo a comprender. Un badén, traduzcamos al vulgar, es un bache. Natural considero que pueda haberlo un año: ya no es tan natural que lo haya dos, tres, cuatro, cinco, y que figure en las Guías, como una institución veneranda. Porque un badén se llena, se compone, y ya no existe.

Las revueltas ya es otra cosa. Como no se pueden quitar, hay que contar con su existencia. Este camino del Guadarrama encierra muchas tristes conmemoraciones de automovilistas muertos, casi siempre por culpa de los zigs-zags, o mejor, de las velocidades insensatas.

Apenas salimos de las regiones frecuentadas por elegantes deportistas, y nos internamos en la estepa, el Real Automóvil Club deja de mirar por nosotros. Desaparecen sus postecitos indicadores. El viajero queda entregado a la pericia del mecánico y a la protección de San Cristóbal gigante.

Yo venía dando vueltas a la duda de si puede ser esta ruta que seguimos el antiguo camino real, que de niña me pareció tan ancho. Esto es, a lo sumo, una carretera vecinal de mi país.

Otra grave dificultad de los viajes en automóvil por España, es que no hay etapas que establecer. Un recorrido en automóvil, al menos para mi criterio y gusto, es una expedición de estudio y recreo, deteniéndose en pueblos interesantes por sus recuerdos y por su aspecto típico; no comprendo viajar sólo en el sentido de trasladarse, y menos el anhelo de la velocidad por la velocidad. Así es que, en mi concepto, la etapa de automóvil comprende de cien a ciento cincuenta kilómetros por día. Pero no hay manera de arreglarlo. Los trayectos algo importantes son mayores. El cálculo lógico del automovilista es hacer su recorrido por la mañana; llegar a los pueblos con el tiempo necesario para visitar lo que encierren de curioso, dormir, y continuar con el mismo método a la mañana siguiente. Sólo que no se puede. No hay, lo repito, poblaciones escalonadas a distancias proporcionales; no hay fondas aceptables sino en las de importancia; y el mal estado de la ruta hace que a veces se tarde más en franquear diez kilómetros, que se tardaría en devorar cien de camino expedito y cómodo.

Las fondas aceptables son una deleitosa novedad que encontré. A veces, temía yo seguir mi inclinación, pararme a ver piedras viejas, por no sufrir las seguras molestias de un hospedaje género Alejandro Dumas, con todos los detalles descritos por Luis Taboada, el amenísimo escritor. He sentido una impresión muy grata al cerciorarme de que en Valladolid, León y Astorga existen ya hoteles confortables. Creo que el de Valladolid se llama Hotel de París, y el de León, Hotel de Francia. El de Astorga es nuevo, y he almorzado en él muy bien y a gusto. Son estos hoteles como oasis, donde se descansa y se procede a las abluciones, donde se recobra la fuerza y se repara el cuerpo fatigado. Os tranquiliza la cama limpia, la cocina sabrosa, la manteca fresca... Sí: esto merece una mención honorífica: a esto hay que saludarlo como hemos saludado a la primer rosa. En mi viaje, pude comprobar que ya existen hoteles donde se come manteca fresca, manteca del día... Mil veces he deplorado que España sea el país de la manteca rancia, la cual empieza en Irún para terminar en Finisterre. Cosa tanto más triste cuanto que mucha parte de nuestra nación, toda la zona cantábrica, debiera ser un emporio de ganadería. Aquí, en Galicia por ejemplo, cualquier terreno puede convertirse en prado. Aquí debiéramos, en ese respecto, ser una Suiza; y lo mismo digo de la provincia de León, en la región del Bierzo. Debiera formar parte de nuestras grandes industrias la leche y sus derivados. Manteca, queso, pudieran constituir aquí florecientes industrias agrícolas. No sucede por falta de conocimientos, de iniciativa, por tosquedad de procedimientos. Hay, verbigracia, un queso, llamado por antonomasia *gallego*, que debe de tener un antiquísimo origen: sería probablemente ofrenda votiva a alguna divinidad fenicia o griega, del amor o de la maternidad, pues reviste la típica forma de un seno de mujer. Este queso, de leche de vaca, es exquisito: es decir, es exquisito cuando sale bueno, lo cual no ocurre siempre. Ninguno de estos quesos es igual a otro. Es decir, que estos quesos no se fabrican con arreglo a una fórmula siempre la misma: los hace cada cúal como le place. En unas casas de montañeses los harán bien y en otras muy descuidadamente, pues a veces el cuchillo, al hundirse en la blancura, descubre el punto negro de la mosca sepultada... El mismo capricho que reina en la fabricación, reina en la venta, No se despachan al peso, sino por pieza, unas veces baratos y otras carísimos. Unos son grandes, otros chiquitines, y para apreciar su calidad hay que meterles los dedos. En suma, no constituyen industria agrícola, sino una curiosidad gastronómica y casera.

Volviendo a la manteca, diré que fresquita en ninguna parte se encontraba. Hoy, con gusto lo consigno, en bastantes hoteles me han presentado las lindas conchitas nadando en agua, que tan bien acompañan al café con leche...

Al recorrer esta gran extensión de terreno patrio, no pude menos de lamentar, como siempre, que nuestro turismo no esté organizado, que no se pueda atraer aquí a los viajeros, dando ventajas y comodidades, estimulando la curiosidad. Lo primero que se necesitaría es arreglar un poco los caminos; lo segundo, y esto ya me parece asaz difícil, que estuviese España más poblada; después, que el buen ejemplo de los nuevos hoteles que he alabado cundiese y se propagase. Un buen hotel no requiere lujo. Sólo unas miajas de aseo, y si en pueblos modestos no puede haber cocineros franceses, que presenten, en limpia mesa, el caldo regional, la castiza sopa de fideos, el nacional cocido. Todas estas vulgaridades las acepta el viajero con encanto, si parecen limpias. Además, las fondas debieran surtirse de aceite en los buenos cosecheros andaluces. Traído por junto, lo mismo cuesta el aceite bueno que el de candil; y no habría ese olor que Dumas y Barrés califican de español por excelencia; ese olor a aceite rancio, que encalabrina los estómagos y atufa la nariz y hace carrasposa la garganta.

Otra cosa que convendría cuidar en España, son los niños. Creo que *El Imparcial* dedica una sección, de vez en cuando, a este epígrafe: «¡Cuidad de los niños!» Cuidar de los niños, no es tan sólo darles la sopa e impedir que los despachurre un carro o cualquier vehículo. Ya esto último sería cosa buena; porque la inmensa mayoría de los atropellos y desgracias que ocurren con niños, son culpa de la vagancia en que sus padres los dejan, de las temeridades que no les reprenden, de ese afán suicida de echarse al paso de los automóviles, desafiándolos y poniéndoles banderillas, sin ver que estos toros con ruedas en vez de pezuñar cornean también... Pero hay que cuidar a los niños enseñándoles, siquiera sea rudimentariamente, la disciplina social. Hay que enseñarles a no importunar, a no destruir. Hay que llegar a que no se vea necesariamente, en un niño, un enemigo. He aquí lo que sucede con la Catedral de León, esa perla de belleza, esa joya entre las joyas, superior a la de Reims, cuya destrucción llora el mundo. La maravilla de la Catedral de León son sus vidrieras, entre las cuales hay muchas auténticas antiguas y otras hechas de nuevo al restaurarse la Catela Basílica, de la cual pienso hablar más despacio en otra crónica, pues vengo impresionada de su hermosura. A esas vidrieras, rubíes y esmeraldas de un estuche de siglos, es a las que la chiquillería de León dispara piedras un día tras otro, habiendo roto ya varias. Esto ha de tener una sanción. Y la sanción, incruenta, pero eficacísima si se practica, es sencillamente echar multa a los padres. Padre les falta a muchos golfos, os objetan a veces. Pero si un niño no tiene quien mire por él, el Estado debe mirar. Hay Asilos, hay beneficencia. Y la inmensa mayoría de los chiquillos que girovagan por calles y plazuelas, echándose encima de los transeuntes, escuchando sus conversaciones con impertinente terquedad de moscas, pidiendo o pegándose, no son huérfanos, y sus padres debieran enviarlos a la escuela; y si tuviesen que satisfacer aunque no fuese sino una peseta de multa por un vidrio roto en la Catedral, es fácil que los angelitos no rompiesen el segundo.

Yo sostengo que a los chiquillos, en países civilizados, no les permiten andar por la calle. Parecerá uua paradoja, un dislate; es una gran verdad. Los niños pueden transitar por la calle, pero no residir en ella, como sucede aquí. No me parece ningún derroche superior a las fuerzas de los Municipios hacerles campos de juego, para las horas o circunstancias especiales en que no tengan la escuela.

Según es la planta nueva, así es el fruto... Niños tan abandonados, no serán más adelante gente muy culta, con k o sin ella. Y los niños de todos los pueblecillos por donde pasamos en automóvil, bailaron al rededor de éste danzas de salvajes ante el poste de la guerra, riendo a carcajadas por que el barniz de las portezuelas reflejaba sus getas color de barro...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid